

ANTICIPO "EL NIÑO MARCIANO" David Gerrold.  
Editorial AJEC 2007

Empecé a buscar pruebas.

Comencé a repasar mi diario.

Había estado tomando notas diariamente de los incidentes interesantes, en caso de que alguna vez quisiera escribir un libro sobre nuestras experiencias. Al principio, no podía encontrar nada. La mayoría de los incidentes sobre los que había escrito eran bastante rutinarios. Ni siquiera apto como material para el *Reader's Digest*<sup>1</sup>.

Por ejemplo, la semana después de que se instalara, lo había llevado al partido del béisbol en el estadio de los Dodgers. Cuando entramos en el aparcamiento dije:

– Bien, tío, desea que haya alguna plaza libre.

Dennis se inclinó hacia delante en su asiento con una expresión intensa en su cara.

– Parece abarrotado. Será mejor que desees con fuerza.

Llegué al final de la hilera y giré hacia la siguiente. Había seis lugares vacíos.

– Uy. Te has pasado.

– Realicé un deseo marciano.

– Oh, bien. Bueno, hay cinco personas detrás de nosotros que también necesitan un sitio para aparcar. Ahora, vamos a ver al mejor equipo de béisbol del mundo. ¿Sabes cual es?

– ¡Los Dodgers!

– ¡Correcto!

Durante la primera parte del partido, Dennis estaba más interesado en obtener un banderín y conseguir un poco de algodón de azúcar, que en lo que estaba ocurriendo abajo en el campo. Pero hacia la quinta entrada se subió en mi regazo y empecé a explicarle en que consistía el juego.

– Ves a ese hombre sujetando el bate en la base del bateador. Desea que golpee la pelota fuera del estadio.

– Está bien – dijo Dennis.

¡*Cra – a – a – ack!* La pelota salió disparada fuera del campo hasta los asientos situados a la derecha del recinto. Alguien en la grada más baja la atrapó y el corredor se paseó fácilmente alrededor de las bases mientras el organista tocó, "Gloria, Gloria, Aleluya".

– Se te da bien pedir deseos, Dennis. Eso fue increíble. ¿Quieres probar otra vez?

– No.

– Está bien.

---

<sup>1</sup> Revista norteamericana dirigida al ámbito familiar y de clara tendencia conservadora. (N del T)

Dos entradas después, los Dodgers estaban una carrera por detrás. Le pedí a Dennis que deseara más golpes. Cuatro lanzamientos después, había corredores en la primera y la tercera base.

No me importaba quién fuese a batear en ese momento; no recordaba los nombres de ningún lanzador desde que Roy Campanella catcheara para Don Drysdale y Sandy Koufax. En cuanto a mí, me daba igual quien estuviera en la primera, la segunda o la tercera. Solamente me gustaba el béisbol mientras no tuviera que ser un experto, pero nunca había visto a los Dodgers ganar un partido. Cada vez que vine al estadio perdieron; así que decidí alejarme del estadio de los Dodgers para darles una posibilidad de victoria. No esperaba que ganaran esta noche, pero los deseos de Dennis les habían hecho remontar tres carreras de desventaja.

—Está bien, Dennis —dije, apretándole un poco —es momento para un último deseo. Mira a ese tipo sujetando el bate en la primera base. Tienes que desear que batee un *home run*<sup>2</sup>. Que la bola salga fuera del campo. Deséalo como hiciste antes, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Y al igual que antes —*cra-a-ack*— la pelota fue en dirección hacia la parte más profunda de la parte derecha de la grada, provocando una repentina avalancha de seguidores excitados moviéndose de sus asientos para atrapar la bola.

Los Dodgers ganaron aquella noche. Durante todo el camino a casa, continué elogiando a Dennis por su excelente manera de desear.

Un par de semanas después de eso, paramos en un semáforo esperando a que cambiara. Era una de esas intersecciones que existían situadas un poco de soslayo en los límites de la realidad. Siempre que parabas allí, el tiempo se ralentizaba hasta la velocidad del paso de tortuga. Sin ni siquiera pensarlo dije:

—Dennis, desea que se ponga verde, por favor.

—Está bien —dijo.

Y repentinamente la luz cambió al color verde. Fruncí el ceño. Me parecía que el ciclo de los tres colores no había sido completado del todo.

No. Debía haber estado soñando. Crucé la intersección con el automóvil. Un momento después, nos atrapó la siguiente luz roja. Dije una palabra malsonante.

—¿Por qué dijiste eso?

—Estas luces se suponen que están sincronizadas —dije— de modo que solo te encuentras con luces verdes. Debemos estar desincronizados. Por qué no deseas que esta luz cambie también, por favor.

—Está bien.

Verde.

—¡Niño! Desear se te da realmente bien.

—Gracias.

—¿Puedes desear que esta luz se cambie también a verde? —dije un minuto después.

---

<sup>2</sup> Término utilizado en béisbol cuando el bateador golpea la bola fuera del estadio y puede rodear las cuatro bases seguidas y anotar un punto. (N del T)

—No —dijo, repentinamente enfadado— vas a usar todos mis deseos.  
—¿Cómo? —miré hacia él.  
—Tengo deseos limitados y tú vas a gastarlos todos en los semáforos —  
su voz contenía algo de dolor.

Aparqué el automóvil en un lado de la carretera. Me volví hacia él y posé mi mano suavemente sobre su hombro.

—Oh, cariño, no sé quién te dijo eso, pero no es cierto. La bolsa de los deseos no tiene fondo. Puedes pedir cuantos deseos quieras.

—No, no se puede —insistió. Y luego, repentinamente—. ¡Deseé mi manta de Los Cazafantasmas y nunca la conseguí!

—¿Qué manta de Los Cazafantasmas?

—Cuando estaba viviendo con Pat —aquella que lo maltrató— yo tenía una manta de Los Cazafantasmas, era mi cosa favorita en el mundo, cada vez que me envolvía en ella me sentía seguro. Ella me la quitó, no quería devolvérmela. Cuando me sacaron de su casa, ella me dijo que me la devolvería cuando me mudara y luego dijo que no, no dejó que me la llevara, era mi manta favorita, era mía, era lo único que quería—. Las palabras brotaron como un torbellino incoherente, un torrente repentino de emoción, y se derrumbó en grandes sollozos—. Era mi manta! ¡Quiero que me devuelvan la manta! ¡Lo deseé y nunca me la devolvieron! Ella me la quitó y no quería que yo la tuviera. ¡Era una zorra! ¡Una perra de mierda! ¡Una zorra jodida, bastarda e idiota! ¡Zorra de mierda!

Yo ya estaba girando el coche hacia el arcén. No sabía dónde estábamos, pero no me preocupaba. El tráfico pasaba rápido en la noche, la fuerza del viento agitaba el automóvil casi tanto como los sollozos imposibles de Dennis. Lo acerqué a mi regazo y le dejé gritar. Todo su cuerpo estaba temblando. Nunca lo había visto así.

A decir verdad, antes de esto nunca lo había visto llorar en absoluto. Esta era la primera vez que me había dejado ver qué clase de angustia estaba acarreado.

Y no supe qué hacer.

No podía pensar en nada que decir.

Hace mucho tiempo, había aprendido que si no sabes qué decir, pero tienes que decir algo, has de repetir lo último que ha dicho la otra persona. Por lo menos, así saben que estás escuchando.

Así que compartí su angustia.

—Lo siento tanto, cariño. Tu manta favorita. Apuesto a que te sentías tan seguro dentro de ella. Y ella no dejó que te la llevaras. ¡Qué cosa tan terrible—. Una y otra vez—. Ojalá supiera dónde conseguir otra manta de Los cazafantasmas para ti. Si pudiera encontrar una para ti, lo haría. Porque significa tanto para ti—. Sabía que era insuficiente.

—No es justo. Se supone que tenía que cuidar bien de mí. Y no lo hizo. Se enfadó y me quitó mi manta y no me dejaba tenerla. ¡Que la jodan! ¡Que jodan a Pat! ¡Con un atizador al rojo vivo! —ahora estaba alternando entre lloros de angustia torturados y gritos de una rabia asombrosa.

—¿Todo esto ocurrió cuando tenías cuatro años? ¿Todavía estás enfadado? ¡Guau! ¡Esa manta realmente debe haber significado mucho para ti! ¡Hacerle eso a un niño pequeño, que cosa más terrible! Lo siento tanto, cariño. Si eso me hubiera pasado a mí, estaría tan enfadado como tú.

—Quiero mi manta. ¡Es mía! ¡No es suya!

Eché un vistazo al reloj. Habíamos estado así durante veinte minutos. Es increíble cómo pasa el tiempo incluso cuando no te estás divirtiendo. Pero esto también era parte del trabajo, tal vez, incluso la mejor. Porque era cuando Dennis más me necesitaba y yo podía estar ahí para él.

Pero sentía que yo no marcaba la diferencia. No importa lo que dijera, su rabia y angustia continuaban apareciendo. ¿Acaso las baterías de este niño no iban a gastarse nunca?

—Dennis, escúchame. Sé que no hay ninguna manta en el mundo que signifique tanto para ti. Y tú sabes que si pudiera conseguirte esa manta, lo haría ahora mismo, dondequiera que estuviese. Sabes eso, ¿verdad?

Se calmó lo suficiente como para apoyar la cabeza en mi camisa y limpiarse la nariz en ella.

—Pero puedo comprarte una manta nueva. Puedes escogerla tu mismo. Y puedo prometerte que nadie te la quitará. Sé que no es lo mismo, pero tal vez podría ser especial porque yo te la conseguí.

Asintió con la cabeza, pero luego añadió melancólicamente:

—Deseé mi manta y nunca me la devolvió.

—Bien, tal vez solamente los deseos importantes se hacen realidad.

—*Ninguno* de mis deseos se hace realidad.

Oh, sabía cómo aplacar eso.

—¿Qué es la cosa más importante que alguna vez has deseado?

No respondió.

—¿Cuál es el deseo más importante? —repetí.

—Deseé a un papá —admitió con cautela— alguien que se portara bien conmigo.

—Ajá. ¿Y se cumplió tu deseo?

Asintió con la cabeza.

—Así que, ya ves. No hay escasez de deseos.

—Pero ése era un deseo marciano.

—¿Un deseo marciano?

—Sí.

—Oh, bien, entonces eso es diferente.

—Los deseos marcianos siempre se hacen realidad.

—Por supuesto.

Anoté la conversación en mi diario y aparqué el asunto. Pero me dejó un sentimiento incómodo. ¿Qué le ha pasado a un niño para que crea que los deseos son limitados?

Un año después, contemplé las palabras que yo había escrito centelleando en la pantalla del ordenador, y me preguntaba sobre la capacidad de Dennis de desear. Probablemente era una coincidencia. Pero tal vez no. Y la ocasión en que habíamos acertado cuatro de seis números en la lotería con un

premio de ochenta y ocho dólares. ¿Era esa la semana en la que yo le había pedido que deseara realmente fuerte para que ganáramos?

Humm.

\*\*\*

A Dennis le gusta limpiar cosas. Sin preguntar, saldrá y lavará el automóvil o el patio. Bañará al perr. Pasará la aspiradora por las alfombras y el sofá. Fregará los suelos. Sus juguetes favoritos son una esponja y un chorro de detergente. Una vez, encontró una vieja llave inglesa oxidada en un descampado y raspó el óxido hasta que la llave brilló como nueva.

Una noche después de la cena, tras cargar el lavavajillas metódicamente, le senté en la mesa de la cocina y le dije que tenía una sorpresa para él.

— ¿Qué?

— Es un libro de rompecabezas.

— Oh — parecía desilusionado.

— No, escucha. Este es el juego. Tienes veinte minutos para hacer estos rompecabezas. Cuando termines, los sumo y averiguo lo inteligente que eres. ¿Quieres hacerlo?

— ¿Te indicará lo inteligente que soy realmente?

— Sí.

Agarró el libro y un lápiz.

— Espera un minuto, déjame preparar el cronómetro. ¿Estás bien? Ahora en cuanto empieces no puedes parar. Tienes que hacerlo todo hasta el final. ¿Vale?

— Vale.

— ¿Listo?

— Listo.

— Uno, dos, tres... adelante.

Atacó los primeros tres rompecabezas con ganas. Eran simples. Escoge la próxima forma de una serie: ¿triángulo, cuadrado o pentágono? ¿Qué objeto no pertenece: caballo, vaca, ovejas, tijeras? La pluma es para el ave como el pelaje es para un: perro, automóvil, helado...

Los rompecabezas comenzaron a complicarse y empezó a fruncir el ceño. Se apartó el flequillo de los ojos y paró una vez para limpiarse las gafas; pero se mantuvo interesado e involucrado y cuando el cronómetro sonó, no quería parar. Insistió en que le fuera permitido terminar el rompecabezas en el que estaba trabajado. Que demonios. Le dejé.

— ¿Qué dice? — preguntó Dennis cuando calculé el percentil. Quería arrebatarme el libro de pruebas de la mano.

— Bien... déjame terminar aquí — lo sujeté fuera de su alcance conforme verificaba la tabla de los percentiles.

La prueba mostraba que tenía una inteligencia por encima de la media, no era inesperado, los niños hiperactivos suelen ser más brillantes que el promedio, pero dentro del cociente normal para un niño de nueve años.

– Dice que mides un metro y treinta y dos centímetros de estatura, que pesas treinta kilos, y que tu papá te quiere mucho. También dice que eres muy listo.

– ¿Cómo de listo?

– Bueno, si esta prueba fuera facilitada a cien niños, tú serías más listo que noventa y dos de ellos.

– ¿Cómo de bueno es eso?

– Eso es muy bueno. No puedes mejorar mucho más. Y quiere decir que debemos ir a por un helado después de cenar. ¿Qué te parece?

– ¡Sí!

Ah, ésa era otra cosa. No le gustaba el chocolate. Prefería sorbete multisabor. Nunca antes había visto eso en un niño.

¿Nada de *chocolate*?